



AUDREY CARLAN

CALENDAR  
GIRL

JULIO AGOSTO SEPTIEMBRE

— 3 —

LO  
RECORDARÁS  
SIEMPRE

 Planeta

AUDREY CARLAN

# CALENDAR GIRL 3

Traducción de Vicky Charques y Marisa Rodríguez

JULIO

Una diosa alta, rubia y con los ojos azules. Por el amor de Dios, el universo empezó a reírse de mí a carcajadas mientras yo me quedaba de piedra contemplando el ir y venir de aquella modelo. Podría haber sido la hermana perdida de Rachel. Yo que pensaba que Rachel era impresionante, pues anda que no me equivocaba...

La mujer estaba de pie junto a un reluciente Porsche Boxster negro, balanceándose de un lado a otro como si algo la tuviera muy nerviosa. Tamborileaba con los dedos en el cartel en el que se leía mi nombre. El modo en que oscilaba de un tacón a otro aún la hacía parecer más fiera. Aunque era imposible no serlo con el calor de Miami. Por Dios, caía un sol de justicia y, sin embargo, la mujer iba perfectamente arreglada, como si acabara de salir de un video de rock. Llevaba unos jeans chupines tan ajustados que le veía la curva del culo. La camiseta me tenía babeando, me gustaba hasta el monograma que le cruzaba las tetas redondas y que decía: «Abrázame y morirás». Por lo menos le colgaban del largo y suave cuello diez collares de distinta longitud y con cuentas de diferente grosor. Llevaba el pelo de estrella de rock recogido en un complejo sistema de trenzas y mechones sueltos, muy de roquera chic.

Tras inspeccionarla durante lo que me parecieron minutos, me miró con sus ojos azules como el acero. Resopló, tiró el cartel al interior del coche por la ventanilla y se me acercó a paso tranquilo. Examinó mi melena negra, el vestido de verano y las sandalias planas que me había puesto.

—Así no nos vales —me soltó meneando la cabeza con desesperación—. Vamos, el tiempo es oro —añadió dando media vuelta.

El maletero se abrió de repente y metí dentro mi maleta.

—Soy Mia. —Le ofrecí la mano mientras ella se bajaba las gafas de sol tipo aviador, volvía la cabeza y me miraba por encima de ellas.

—Ya sé quién eres. Yo te elegí. —Su tono revelaba un toque de asco.

Puso el coche en marcha y apretó el acelerador sin esperar siquiera a que me abrochara el cinturón de seguridad. Me eché hacia adelante y me sujeté a la guantera de cuero.

—¿Qué he hecho para que te pongas así? —Me coloqué el cinturón y me quedé mirando su perfil.

Dejó escapar el aire lentamente antes de menear la cabeza.

—Nada —gruñó—. Perdona. Anton me tiene cabreada. Estaba ocupada con algo importante cuando me ha llamado para que viniera a recogerte porque él necesitaba al chofer para poder ir a acostarse con un par de grupis en el asiento de atrás del Escalade.

Torcí el gesto. Genial. Mi nuevo jefe de ese mes era un pendejo baboso. «Otro no, por favor...»

—Qué mal.

Dio un rápido giro a la derecha y se metió en la autopista.

—¿Empezamos de cero? —Su voz denotaba una sincera disculpa—. Soy Heather Renee, asistente personal de Anton Santiago. El artista de hip-hop más popular del país.

—¿En serio?

Caray. No sabía que fuera tan famoso. No solía escuchar mucho hip-hop. Me iba más el rock y la música alternativa.

Heather asintió.

—Sí, todos sus álbumes han sido disco de platino. Es el chico de oro del hip-hop y, por desgracia, lo sabe. —Sonrió—. Anton quiere conocerte de inmediato, pero no puedes ir vestida así —dijo mirando mi sencillo vestido de verano. Me resaltaba los ojos y me hacía un pelo precioso. Además, era muy cómodo para viajar.

—¿Por qué no? —pregunté dándole un tirón al bajo y sintiéndome un tanto insegura.

—Anton está esperando a una modelo de las que quitan el aliento con curvas de vértigo. —Le dio un nuevo repaso a mi atuendo—. Las curvas las tienes, pero el vestido es demasiado estilo niña buena, a lo Sandra Bullock. Tendrás que ponerte algo de lo que te he comprado. En la casa tienes un armario lleno de ropa. Úsala. Anton espera que siempre vayas hecha un bombón.

Fruncí el ceño y miré por la ventanilla mientras el Porsche cruzaba Ocean Drive. Los edificios *art déco* con vistas al Atlántico desaparecían a lo largo de un extenso terreno.

—¿Hay agua a ambos lados? —pregunté tras dejar atrás uno de los puentes más importantes.

Heather hizo un gesto con la mano.

—A un lado está la laguna de la bahía Vizcaína y, al

otro, el Atlántico. Como puedes ver —dijo señalando unos edificios altos—, casi todo son hoteles, como el hotel Colonial y otros lugares emblemáticos. Luego están los tipos que pueden permitirse vivir aquí, como Anton —añadió enarcando las cejas.

Observé los edificios mientras el Porsche volaba por la carretera. El viento entraba por las ventanillas y me revolvió el pelo, y vi una paleta de colores a la que no estaba acostumbrada. En Las Vegas, todo tenía un tono terracota. En Los Ángeles había de todo, blancos luminosos y tonos apagados que encajaban con la personalidad de California. Aquí, los colores parecían explotar en pálidos naranjas soleados, azules y rosas mezclados con blanco.

—¿Ves todo eso? —dijo Heather, señalando con la mano establecimientos como el hotel Colonial y el Boulevard. Asentí y me estiré hacia ella para verlos mejor—. Por la noche los iluminan con luces de neón. Es parecido a Las Vegas.

Las Vegas. Estoy segura de que abrí mucho los ojos al oírlo y sentí una punzada en el pecho. Necesitaba llamar a Maddy y a Ginelle. Madre mía, Gin se iba a poner como una fiera cuando le contase lo que había pasado en Washington D. C. ¿Y si no se lo contaba? La idea era muy tentadora.

—Qué bien. Yo soy de Las Vegas, así que me encantará ver los hoteles iluminados —dije echándome hacia atrás en mi asiento, disfrutando de la brisa y dejando que se disipara la tensión que había acumulado en Washington y en Boston, donde se habían quedado Mason y Rachel.

Con torpeza, saqué el móvil del bolso y lo encendí. Vibró varias veces. Miré los mensajes: había uno de Rachel,

que me pedía que le escribiera para decirle que había llegado bien. Otro de Tai, preguntando si el nuevo cliente era un caballero o si tenía que volver a subir a un avión. Y un mensaje de Ginelle. «Mierda.» Mala señal.

Se me hizo un nudo en el estómago del tamaño del Gran Cañón, una enorme bola de terror que llenaba toda mi cavidad abdominal.

**De: Zorrón-come-conejos**

**Para: Mia Saunders**

¿Qué te pasó? ¿Te atacaron? ¿Por qué diablos he tenido que enterarme por un mensaje que me ha escrito el hermano de Tai? ¡Si no estás muerta, te juro que voy a matarte!

Respiré hondo dejando escapar el aire entre dientes y teclé la respuesta.

**De: Mia Saunders**

**Para: Zorrón-come-conejos**

No fue nada. Un pequeño desencuentro. Estoy bien, no te preocupes por mí. Te llamaré en cuanto esté instalada con el Latin Lo-vah.

**De: Zorrón-come-conejos**

**Para: Mia Saunders**

¡¿Latin Lov-ah?! ¿En serio? ¡Es lo más grande del hip-hop y me calienta más el cuerpo que un jalapeño!

**De: Mia Saunders**

**Para: Zorrón-come-conejos**

Dicen que es un idiota.



**De: Zorrón-come-conejos**

**Para: Mia Saunders**

A mí puede dejarme idiota siempre que quiera..., ¡preferiblemente con la lengua!

**De: Mia Saunders**

**Para: Zorrón-come-conejos**

¡Estás fatal!

**De: Zorrón-come-conejos**

**Para: Mia Saunders**

Querría ser el arroz con frijoles de su comida. El churro de postre. El flan de huevo que se traga de un bocado y el caramelo del plato que lame después.

**De: Mia Saunders**

**Para: Zorrón-come-conejos**

¡Para, descarada! Haces que parezca una santa.

**De: Zorrón-come-conejos**

**Para: Mia Saunders**

¡Al menos sé que, si voy al infierno, podrás ayudarme a subir!

Me reí bien a gusto.

—¿Es del trabajo? —preguntó Heather señalando el móvil.

Pulsé un botón para silenciarlo y lo guardé en el bolso.

—Perdona. Era mi mejor amiga. Quería saber si había llegado bien. —Suspiré y me acomodé el pelo sobre un hombro.

El calor podía conmigo. Ajusté la rejilla del aire acon-

dicionado para sentir su aliento gélido en la cara. Mejor. Era evidente que a Heather no le preocupaba que el aire frío se escapara por las ventanillas bajadas.

—¿Están muy unidas? —preguntó apretando los labios mientras entraba en un estacionamiento subterráneo.

Fruñí el ceño. ¿Qué parte de «mejor amiga» no había entendido?

—Mucho. Todo lo unidas que se puede estar. Nos conocemos de toda la vida.

Resopló y metió el coche en la plaza de estacionamiento.

—Qué suerte. Yo no tengo amigos. —Las palabras me atravesaron como una corriente eléctrica.

—¿Qué quieres decir? Todo el mundo tiene amigos.

Ella negó con la cabeza.

—Yo no. Tengo demasiado trabajo como para cultivar ninguna relación. Anton debe de ser el mejor. Aunque yo sólo sea su asistente personal, tengo que tener la casa perfecta. Además, estudié administración de empresas. Un día seré quien tome todas las decisiones de un gran artista. Quiero cumplir mis sueños, y para eso he de trabajar duro.

—Supongo.

Me encogí de hombros y la seguí. Caminaba deprisa hacia un ascensor, sin pararse a mirar la hilera de impresionantes coches de lujo.

—Por Dios... —susurré contemplando el Mercedes, el Range Rover, el Escalade, el BMW, el Bentley, el Ferrari y el resto de los coches europeos que no pude ver bien.

Aunque lo que vi, lo que hizo que me quedase de pie en el sitio pegada al suelo, fueron las seis motos más sexis que había visto jamás. Con la BMW HP2 Sport blanca con las llantas azules y un motor de 1.170 cc., creo que me hice pis.

Luego estaba la MV Augusta F4 1000, la única moto del mundo con un motor de válvulas radiales. Me di la vuelta, solté la maleta y acaricié la tercera moto, que era más sexi que una verga dura: la Icon Sheene, negra con cromados. La acaricié como lo haría un amante, con la yema de un dedo, trazando sus sinuosas curvas y su diseño de vanguardia. La moto costaba más de ciento cincuenta mil dólares. «¡Mierda! Necesito coger en esta moto.»

¡Aire! ¡Lo que necesitaba era aire! Ahogué un grito y me acuclillé, incapaz de apartar la vista de esa belleza. «Ven con mami, cariño.» Si por mí hubiera sido, me habría quedado a vivir en ese garaje, contemplando las motos de mis sueños.

—Hola, ¡Tierra llamando a Mia! ¿Qué demonios estás haciendo?

La oí, pero no contesté. Era como un mosquito pesado que no se iba por más manotazos que le pegaras.

Me levanté muy despacio, respiré hondo y repasé la hilerera de motos una vez más. Una KTM Super Duke truca-da, negra y naranja, permanecía solitaria al final de la cola. Debía de ser la más económica de todas y estaba en mi lista de motos alucinantes que aspiraba a comprarme algún día.

—¿De quién son? —pregunté con la voz una octava más baja, deslumbrada con tanto sexo sobre ruedas.

—De Anton. Todo el edificio es suyo. Ahí tiene el estudio de grabación, el de baile y el gimnasio, y él vive en el ático. Todos los miembros de su equipo tienen un departamento aquí. Tú ocuparás uno en el que se hospedan los famosos que vienen de visita o los colaboradores que vienen a trabajar en los discos de Anton.

—¿Le gustan las motos?

Sonrió.

—Parece que a ti te encantan.

—Por así decirlo —tuve que obligarme a responder, aunque ya había conseguido arrancar los ojos de aquellas bellezas.

—A lo mejor te lleva a dar una vuelta.

Ahora sí que Heather tenía toda mi atención.

—Una vuelta...

Asintió. Tenía una sonrisa tan bonita que podría haber salido en un anuncio y venderte cualquier cosa.

—Qué mierda. No voy de paquete, lo siento. A mí me gusta conducir.

Heather me dio quince minutos para que me refrescara antes de llevarme a conocer a Anton. Me metí en la ducha, me deshice del cansancio del viaje y miré la ropa que me había preparado. Aunque llamarlo *ropa* era mucho decir. Lo que había en la cama era un trocito de tela, unos shorts de los que no tapan el culo y unos tacones de tiras que ascendían hasta la rodilla. Me puse los micropantalones y comprobé el largo del bajo en el espejo. Se me veían las nalgas. Mierda. Me di la vuelta para verme por delante. Eran tan cortos que el forro de los bolsillos sobresalía por debajo. La camiseta era linda. Ancha y con dos tiras que se ataban en los hombros. Cerré los ojos, conté hasta diez y me recordé a mí misma: «Tú puedes, Mía. No hace ni dos meses estabas paseándote en biquini con Tai y las demás modelos. Esto tiene más tela que una biquini. Además, no estás aquí por tener una moral ejemplar, sino para inter-

pretar a la chica de sus sueños en un video de rock, digo..., en un video de hip-hop».

Se me escapó un gruñido mientras me recogía el pelo en una coleta. Estaba a medio millón de grados; o eso, o estaba ardiendo por dentro.

Respiré hondo por la nariz varias veces y salí a la sala de estar. Allí me esperaba Heather, hablando por teléfono. Estudió mi atuendo desde la punta de los dedos de los pies hasta la coronilla. Cuando llegó a mi cabeza, un feo fruncido de cejas perturbó sus rasgos. Sin dejar de hablar por teléfono, se acercó, le dio un tirón a la goma y dejó caer mis densos mechones por mis hombros.

—Mejor —susurró mientras me atusaba el pelo. Luego chasqueó los dedos y echó a andar hacia la puerta.

—¿Acabas de chasquearme los dedos? —La familiaridad que habíamos compartido en el coche acababa de esfumarse.

Heather tuvo el detalle de parecer arrepentida.

—Perdona —dijo sólo moviendo los labios—. Sí, Anton, la tengo aquí mismo. —Su tono era de molestia, como si pudiera olvidarse de ella y volver a sentirla a voluntad—. Nos vemos en el estudio de baile. Dentro de cinco minutos, sí.

»Perdona, Mia. A veces me saca de quicio. Por desgracia, es un poco tirano. No era mi intención ser maleducada contigo. Por lo visto, los bailarines eran lo peor y no se movían ni aunque les metieran avispas en la ropa interior.

Intenté reírme, pero no me salía. El miedo me atenazaba las costillas y me paralizaba las entrañas. Le iba a sentar como un tiro descubrir que la chica blanca no sabía bailar. Al menos tenía la tranquilidad de que no se aceptaban de-

voluciones y ya había pagado el mes. En mi dossier no se especificaba que yo supiera bailar, y nunca había dicho que fuera capaz de hacerlo.

Las puertas del ascensor se abrieron a un pasillo con las paredes de cristal. Estaba a oscuras, y en el suelo parpadeaban luces negras que iluminaban varias siluetas que se contorsionaban al ritmo de la ensordecedora música. Un hombre en pantalones cortos de correr y camiseta daba palmadas y gritaba unos números que suponía eran posiciones de baile, aunque no estaba muy segura.

Heather y yo nos quedamos aparte. Y fue entonces cuando pude ver bien a Anton Santiago por primera vez. Observé su cuerpo musculoso y se me secó la boca. La habitación empezó a palpar como si tuviera corazón cuando Anton comenzó a andar. Cada nota de la música acentuaba el movimiento de sus hombros, uno delante del otro, al tiempo que movía las caderas sin perder el ritmo. Tenía el cuerpo bañado en sudor, desde la prominente clavícula hasta los pectorales cuadrados, pasando por la autopista de su abdomen perfectamente cincelado. No sólo estaba fuerte, sino que su cuerpo gritaba: «Abrázame, acaríciame, cúbreme con tu cuerpo desnudo».

Se dio una vuelta y los bailarines lo imitaron, luego golpeó el suelo... con el torso. Hizo varias flexiones al ritmo de la música; después, con una sola mano. Los músculos de sus brazos estaban para comérselos. Luego hizo otra flexión, pero añadió un movimiento de caderas, como si se estuviera cogiendo al suelo. Virgen santa... Quería acercarme meneando las tetas y tumbarme para que pudiera practicar con una mujer viva, suave y de sangre caliente. Porque me había puesto como una moto. A cien. Me aba-

niqué mientras contemplaba cómo su cuerpo se movía, se contoneaba y se catapultaba en el aire y luego volvía a repetir la embestida de caderas acompañada de una letra de lo más sexi.

—Dale, nena. Dale... —Vuelta.

»Tengo toda la noche... —Golpe de caderas.

»Voy a tratarte muy bien... —Vuelta.

»Tú dale, nena. Dale... —Golpe de caderas.

Se agarró el paquete con la mano y dio un tirón hacia arriba mientras arqueaba el cuerpo en el aire. Parecía un dios dorado que acabara de acostarse con la chica de sus sueños y estuviera comprobando el estado de su pistola antes de volver a la batalla del sexo.

La música paró de golpe.

—Bien, chicos. Ya basta por hoy. Anton, vamos bien —dijo el tipo de los pantalones cortos.

Anton no dijo nada, sólo le hizo un gesto con la barbilla, más lindo que el sol. De inmediato, un par de chicas se acercaron a él con agua y una toalla.

—Anton, eres alucinante. Para comerte...

Él se detuvo a varios metros de mí y me miró fijamente a los ojos. Verde contra verde. Los suyos penetrantes, los míos mirando a otra parte.

—Lárguense.

—Pero pensábamos que después del ensayo íbamos a divertirnos un rato... —Las dos chicas querían atención.

Él frunció el ceño.

—Anton no repite. Váyanse las dos al carajo —dijo espantándolas con la mano.

Por sus muecas y sus caras tristes, no creo que les gustara nada oírlo. Las estaba mandando al diablo.

—Lucita... —Anton se relamió como sólo sabe relamerse un hombre y hace que a una le tiemblen las rodillas y sienta cosquillas en la entrepierna. Sí, hizo que se me hiciera la chichi agua sólo con pasarse la lengua por los labios—. Ahora que estás aquí, ¿qué vamos a hacer contigo? —El acento puertorriqueño me estaba volviendo loca, y volvió a darme un repaso con la mirada. Me sentí como si me hubiera acariciado con las manos.

Sus ojos verdes desprendían deseo en estado puro. Nos quedamos así, observándonos a los ojos, librando una silenciosa guerra de miradas. Tomé aire, parpadeé y respondí:

—Podrías darme de comer. Me muero de hambre.

Heather, que estaba más cerca de lo que yo recordaba, soltó una carcajada que puso fin a la tensión con el Latin Lov-ah. Ahora que lo tenía delante comprendía perfectamente por qué lo llamaban así.

Él la fulminó con la mirada.

—Perdona, Anton —dijo ella desviando la mirada, incapaz de ocultar la sonrisa.

Anton me ofreció la mano.

—Vamos a saciarte, Mia. —Lo dijo de tal manera que me hizo pensar en mil cosas absolutamente obscenas que no tenían nada que ver con la comida.

Me relamí y salí de mi estupor.

—Vamos.